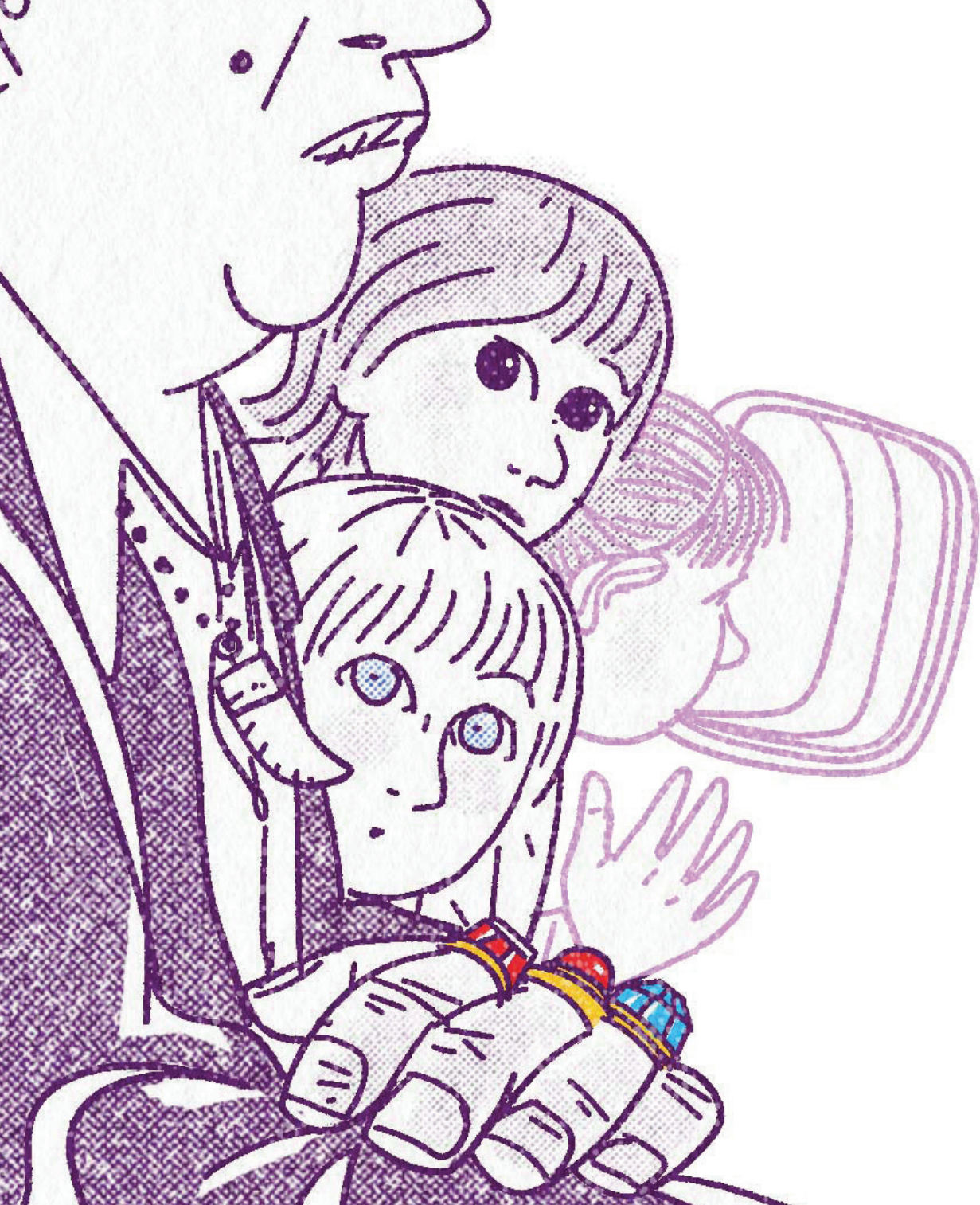


CLARA OBLIGADO

EXILIO

Ilustrado por Comotto





Me quedé con una llave, pero no pude entrar: no hubo puerta.

Ana GUILLAUME

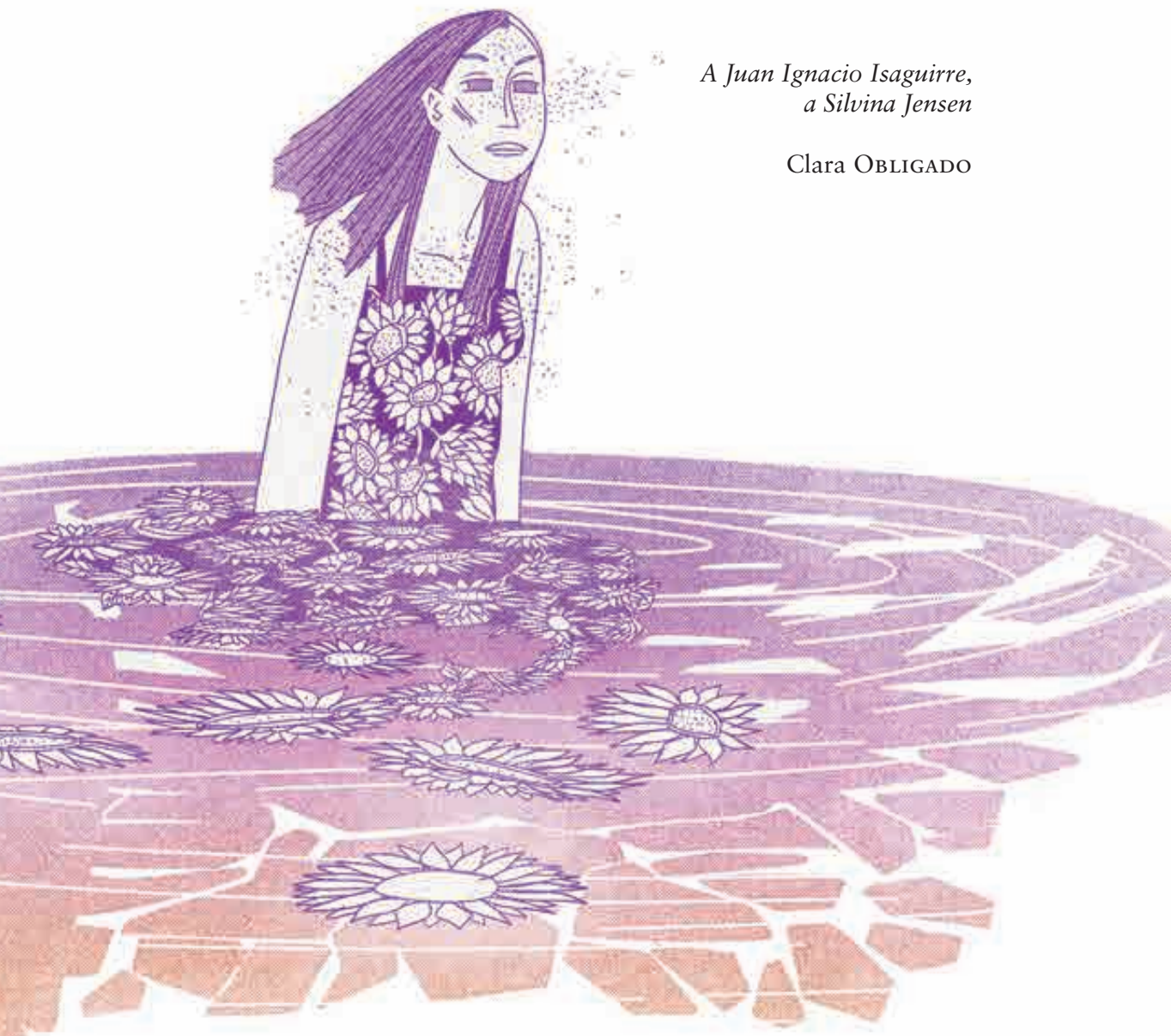
Dedico este libro a un señor que trabajaba en un circo y que tenía un colgante con un colmillo de león. No sé su nombre, pero se hizo cargo de mí y de mis hermanos en ese viaje en un 707, en el que fuimos, solos, hasta Madrid. Era el año 1976. Yo tenía ocho años y no olvido cómo mi hermano, de dos, agarraba con fuerza mi mano al subir al avión.

Agustín COMOTTO

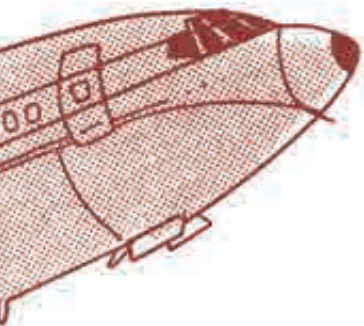


*A Juan Ignacio Isaguirre,
a Silvana Jensen*

Clara OBLIGADO







EL 5 DE DICIEMBRE DE 1976 LLEGUÉ A MADRID, PROCEDENTE DE Argentina. Lo hice en un avión de Iberia, que tomé en Montevideo, por el temor que me producían las constantes desapariciones en la frontera. Salí vestida de verano, como si fuera una turista que se dirige a las playas del Uruguay y, dos o tres días más tarde, subí al avión que me llevaría a España, donde era invierno.

Me despidieron mi padre y mi hermana mayor. Tardé seis años —los que duró la dictadura— en poder regresar a casa.



EL 5 DE DICIEMBRE DE 1976 LLEGUÉ A MADRID ATERIDA DE FRÍO. Como venía del verano, de las playas abiertas y el océano furioso, la tristeza y la falta de sol fueron el primer impacto.

Mi vida era entonces un campo de ruinas. Había dejado un continente con todo lo que tenía adentro —los olores, los árboles, esos atardeceres australes— y también mi juventud.

Tenía una prima que había llegado hacía unos meses con una beca y un marido bastante soso y confié en que me podía encontrar con ella. Dicen que un país es una persona, pero no acudió al aeropuerto. Más tarde dejó de recibirme en su casa porque me consideraba peligrosa. No volví a verla. Una persona con el corazón tan duro que solo teme por sí misma, aun a miles de kilómetros del peligro, es alguien con quien no vale la pena mantener ninguna relación.

